

A) DISCURSOS

DISCURSO INAUGURAL DEL CURSO DE 1959-1960

por el Presidente perpetuo de la Corporación,

EXCMO. SR. DON RICARDO PIQUÉ BATLLE

Excmo. Sr. Ministro:

Dignísimas Autoridades y representaciones:

Ilustrísimos Señores y Académicos:

Señoras y Señores:

Obligado es para el Presidente de una Corporación como la nuestra, pronunciar el Discurso inaugural al dar comienzo el Año Académico, y obligado es, también, que sus palabras giren alrededor de los hechos económicos más trascendentes de la vida internacional en general y de la nacional en particular. Mas, consciente de la obligación y consciente también de la medida, habré de abreviar la extensión de mis palabras a fin de que no se perturbe por mi culpa la reglamentaria duración de esta Solemne Sesión de Apertura del Curso de 1959-1960.

Vivimos un momento de honda actividad económica. Jamás en el pasado confluyeron de consuno como en nuestros días tantas y tantas cuestiones que, desbordando los cauces nacionales, saltaran al palenque internacional exigiendo soluciones de conjunto cada día más extensas, cada día más amplias.

Hace poco menos de un cuarto de siglo, la tendencia económica, dominada por la política nacionalista a ultranza, idealmente perfecta cual nueva Utopía, dividía la mayor parte de Europa en compartimentos estancos. Era un remozamiento, aplicado al orden económico, de las ideas medievales, en cuyos tiempos el encastillamiento, las barreras, la superprotección, cerraban a piedra y lodo los feudos. En fin, se consideraba la autosuficiencia como la panacea excelsa del siglo.

Mas bastó que se cerrara el cruento período de la Segunda Guerra Mundial un venturoso 7 de mayo de 1945, para que, agotadas reservas y recursos, comenzáramos los hombres a mirarnos de nuevo unos a otros sin fruncir el ceño, llenos de necesidades e iluminados los más con la idea de que tan sólo con la colaboración de todos sería posible restañar las terribles heridas que había sufrido en su carne la vieja Europa, creando de nuevo riqueza y bienestar, y, con riqueza y bienestar, la paz soñada, la paz y la prosperidad por la que se había luchado una vez más en aquella contienda sin conseguirlas.

Habían callado las armas y sólo el trabajo podía conducirnos a la meta. Y comenzaron a surgir planes económicos de recuperación y expansión nacionales que, apoyados en principio por la generosidad de Norteamérica, pronto dieron sus frutos. Quienes ayer cifraban el ideal económico en bastarse a sí mismos, se dieron cuenta muy rápidamente que con la conquista de la velocidad y del espacio, de la noche a la mañana las naciones se habían empequeñecido, y que el bastarse a sí mismo cubría indudablemente los más puros afanes, pero encerraba también un proceso de depauperación lenta, inexorable, cuya asfixia iba a poner en peligro todo cuanto pretendía defenderse. Y es que una vez más — al igual que el hombre primitivo hubo de reconocer su impotencia individual y la de su clan frente a los demás clanes — se demostraba que la capacidad de un núcleo, de una nación, lejos de ser prácticamente ilimitada, como pudo parecer en algún momento, era realmente reducida, surgiendo automáticamente la necesidad de abrir fronteras en el más amplio sentido económico de la palabra, relegando al olvido antiguas teorías que posiblemente dieron en su día el fruto apetecido, pero que la velocidad del tiempo había ampliamente sobrepasado.

Es indudable que las sencillas economías primitivas no necesitaron de grandes técnicas; mas, forzado el ritmo expansivo por la evolución natural del mundo, ensanchado el campo de acción por la multiplicidad de elementos concurrentes, era precisa una actuación acorde con la grandiosidad del momento, coordinando y ensamblando la dispersión de aquellos para convertirlos en una unidad planificadamente armónica a través de una nueva técnica, nueva por su alcance, pero en realidad tan vieja como el Mundo, porque en el fondo de la misma late la esencia de las Leyes Naturales impuestas al hombre por el Supremo Hacedor.

El camino no era fácil. Después que los hombres habían creado las

barreras y establecido la desconfianza entre ellos, contraviniendo una vez más el Precepto Divino, había de intentarse la aproximación paulatina, por mutuo convencimiento y conveniencia. Esta aproximación, esta ayuda mutua, venía casi impuesta en aquellos momentos por la necesidad de administrar la Ayuda Americana. Y así surgió en 1948 la "Organización Europea de Cooperación Económica" (O. E. C. E.) con el deseo, además, de coordinar la actividad económica de sus componentes e intentar la completa liberalización, bajo una unidad de criterio, de sus relaciones comerciales, suprimiendo lo más pronto posible las restricciones cuantitativas impuestas por la política de contingentes reinante y aumentar de consuno la productividad de los estados miembros, previa la implantación del necesario equilibrio.

Fruto de esa nueva técnica, fue el renacer individual de algunas Economías Europeas, y, simultáneamente, el de antiguas aspiraciones de cooperación económica que trataban de conseguir lo que ni las armas ni la diplomacia habían logrado hasta entonces: la paz y la prosperidad.

La O.E.C.E. seguía paso a paso su camino. Y, paralelamente a su desarrollo, surgían nuevos Organismos de Cooperación Económica con carácter supranacional, que intentaban llevar a la práctica sus idearios. En el mes de marzo de 1949, se constituía en La Haya el "Benelux", formado por Bélgica, Holanda y Luxemburgo, en principio pensando tan sólo en una unión aduanera. Más tarde, en 1950, se aliaban con Alemania Occidental, Francia e Italia, formando la "Comunidad Europea del Carbón y del Acero" (C.E.C.A.) cuyo objetivo se desprende claramente de su propia denominación.

Que tales uniones dieron y siguen dando los frutos apetecidos, lo demuestra el hecho de que dichas seis naciones concertaran en Roma, el 25 de marzo de 1957, otro gran organismo supranacional, esta vez de grandes vuelos, la "Comunidad Económica Europea" (C.E.E.) o Mercado Común, ya en vigor desde hace poco más de un año y con un éxito extraordinario, superior a las propias previsiones, éxito que ha preocupado y preocupa seriamente a las que quedaron al margen, dando lugar a la creación de la "Asociación Europea de Comercio Libre" (E.F.T.A.) o Zona del Libre Cambio, según convenio rubricado en Estocolmo el 20 de noviembre último por Inglaterra, Austria, Dinamarca, Noruega, Portugal, Suecia y Suiza.

Que existen diferencias de opinión — más de forma que de fondo —

entre los Países de Europa, es incuestionable, pero estamos seguros que nunca como ahora el espíritu de cooperación, de buena voluntad, había estado tan arraigado en el corazón de los hombres, y que por ese camino de mutuos entendimientos pacíficos ha de alcanzarse, a no tardar, el supremo bien común.

A todo esto, si bien nuestra Patria, por las razones archisabidas, no pudo constitucionalmente integrarse en la O.E.C.E., dando una vez más fehacientes pruebas de su virilidad, logró una recuperación por sus propios medios, recuperación que le ha permitido recientemente ocupar su puesto en aquel Organismo Supranacional con pleno derecho, según Declaración facilitada por el Consejo de Ministros con fecha 20 de julio último, y dando lugar a la publicación del Decreto-Ley sobre Ordenación Económica, aparecido en el "Boletín Oficial del Estado" del día 22 del propio mes y año.

No pretendo, ni es misión actual del que os habla, extender este discurso comentando nuestra Plan de Estabilización, actualmente en período ejecutivo. Basta su enunciación como hecho trascendente en la historia de nuestra Economía. España camina ya hacia Europa. Nuestras fronteras empiezan a abrirse, y el futuro, Dios mediante, será risueño.

Para nosotros, los economistas, el momento tiene una trascendencia extrema. Son nuestros colegas de allá y de acá quienes planearon el camino de la recuperación económica, afinando y elevando el tono de su técnica a las necesidades actuales, y cabe reconocer noblemente que los políticos supieron escoger el momento oportuno de su aplicación.

Es el triunfo de la técnica; y el futuro del Mundo, en lo material, depende ya y dependerá cada día más de ella. Los que militamos en este campo del saber humano, tenemos plena conciencia de la responsabilidad que nos compete. Y en el orden nacional, esta Real Corporación, creada por el Estado como Organismo consultivo, asume la que le corresponde.

Pueden surgir muchos y muy varios problemas derivados de la aplicación práctica del Programa de Estabilización que requerirán, en los días sucesivos, una solución, solución que estamos seguros dará oportuna y adecuadamente el Gobierno, y para la cual esta Academia, en cumplimiento de los fines de su instituto, está dispuesta a prestar, cuando se la requiera, su más entusiasta y leal colaboración.

HE DICHO